

EL MATÍASJEREMÍASELÍASISAÍSAURUS REX¹

Fabián Sevilla

Matías Jeremías Elías Isaías² era un paleontólogo de cierto prestigio mundial. Comenzó de chico cuando ya a los ocho años reconstruía esqueletos vacunos con los huesos de las costeletas que su mamá le preparaba a la plancha y él devoraba con la ferocidad de un Tiranosaurio.

Ahora, ya mayorcito, trabajaba en el Museo de Historia y Ciencias Naturales de la Sanguanga³, al cual luego de extensísimas jornadas de búsquedas arqueológicas por los cuatro puntos cardinales del planeta, retornaba con miles de huesos en las valijas y se disponía a ensamblarlos para exhibirlos.

Matías Jeremías Elías Isaías era un capo: armaba brontosaurios, mamuts, allosaurios, stegosaurios, pterodáctilos, tomaticanosaurios⁴ y otros de la especie con la facilidad con que algunos pelan una naranja. Le quedaban divinos. Se supo de más de un millonario fanático de estos bichos que los vieron en el museo y se los quisieron comprar envueltos para regalar a los amigos o ponerlos junto a los enanos del jardín. Él se negó.

Cierta vez, Matías Jeremías Elías Isaías andaba por la Patagonia meta excavar cuando fue hallando huesitos que no había visto antes en su dilatada

¹ Este cuento se puede leer de un tirón o haciendo caso a los numeritos que aparecen a lo largo del mismo. Son las famosas nota del autor (mejor conocidas como N. del A.), tipo muy charlatán que no pierde oportunidad de agregar comentarios, algunos útiles, otros sin sentido, y en muchos casos, verdaderos chismes de barrio.

² Matías Jeremías Elías Isaías además ha escrito diversos trabajos sobre su especialidad, lo cual no quiere decir que tengan alguna utilidad o que alguien los haya leído. Entre ellos, podemos destacar: "Los dinosaurios también comían chicle"; "Si pica, es mosquito; si muerde, es un Tiranosaurio Rex"; "Recetario de platos para preparar a tu dino" y su versión de recetas light (en preparación).

³ Más que centenaria entidad educativa y de investigación científica. Nadie sabe su ubicación exacta y si la supiera, luego de visitarla buscaría por todos los medios olvidarla. En ella hay salas donde se exhiben, entre otras rarezas: el primer huevo duro que se cocinó en la historia del huevo duro; la dentadura postiza que se dice perteneció a Thomas Alva Edison; el agujero del soquete izquierdo que usaba Cleopatra durante el calurosísimo invierno egipcio; un diccionario de insultos y chistes verdes que supo leer Domingo F. Sarmiento.

⁴ Animal prehistórico de cuya existencia aún se duda. Llamado así porque cuando sus huesos fueron descubiertos por primera vez, el cocinero de la expedición estaba preparando tomatacán cuyano para el almuerzo. El tomatacán cuyano es un sancocho que se prepara con ½ kilo de

carrera. Sospechó que finalmente había hallado alguna bestia prehistórica que aún no aparecía en los libros de paleontología y se puso como loco. Tras llenar seis valijas con los huesitos, se volvió al Museo a armar ese rompecabezas de lo que vaya a saber quién cuándo era una criatura viviente. Antes, pasó por su casa a lavarse la cara y contarle a su mamá⁵ sobre el hallazgo.

Mientras tomaba mate con ella, agarró con la punta de sus dedos cada uno de los huesitos. Cepillito en mano, los limpió y, lapicera azul mediante, los enumeró uno por uno. Así, supo que eran 7.892 piezas⁶. Después, se encerró en la sala principal del Museo y pidió que no lo molestaran ni para tomar la leche⁷ y, sobre todo, no le pasaran llamadas telefónicas.

Ahí lo tenemos ahora al tenaz Matías Jeremías Elías Isaías, que despliega la escalera, porque supone que se trata de un bicho muy alto y grandote. Se acomoda los lentes y empieza a ensartar huesitos por el alambre de la estructura que él mismo armó. Así está uno, dos, tres, cuatro días hasta que... ¡Ring!. No atiende. El que sea, tarde o temprano se rendirá y lo dejará seguir tranquilo con su faena. Pero no. ¡Ring... ring... rinnnnng! Solo puede ser alguien, piensa: mi mamá. Va a atiende y lo confirma.

-Hola, mamá-, le dice con fastidio.

-Matías Jeremías Elías Isaías debo decirte que...-

-Ahora no puedo atenderte, mamá. Llamáme dentro de seis meses-.

-Pero quiero explicarte que...-

-No, ahora no. En seis meses- Y le cuelga.

Nuevamente lo vemos treparse y seguir con su labor comparable con la de quienes engarzan joyas a una diadema o enlazan perlas para formar un

tomates pelados y cubeteaditos, ½ kilo de cebolla bien picadita, 2 huevos batidos, pan rallado, sal y pimienta a gusto, aceite de oliva y media copa de vino tinto.

⁵ La mamá de Matías Jeremías Elías Isaías se llama Rosa del Carmen Isaías de Urtiganrreta. Casó muy joven con Anibal Urtiganrreta, conocido en su barrio como El Vasco y como tal, era lechero. Es ama de casa y gusta escuchar el teleteatro de la media tarde. Nada más hemos podido averiguar sobre ella.

⁶ El número es exacto. No redondeamos dado que de la exactitud dependerá el sentido de este cuento.

collar. Se lo ve concentrado. Una gota de sudor le recorre la sien⁸. Ni se la seca. Ya termina de armar las patas y seguirá por el tronco cuando... ¡Ring!

Otra vez piensa que el que llama cederá en su esfuerzo. Pero no: ¡Ring... ring... rinnnnng!

Levanta el tubo y sin preguntar dice:

-Mami, te dije que en seis meses...-

-Hijo, te llamaba porque debía informarte que...-

-En seis meses. Chau-. Cuelga.

Vuelve al esqueleto. Su pericia se asemeja a la de los que arman fragatitas dentro de una botella, tallan esfingecitas en un grano de arroz o domestican pulgas. Sabe lo que hace. Ahora está por concluir el larguísimo cogote y cuando está por ensartar lo que es la cabezota del animal... ¡Ring!

Y nuevamente:

-Pucha, mamá... ¿no tenés a otro a quien contarle lo que me querés decir?

-No, Matías Jeremías Elías Isaías-, insiste la doña. -Porque lo que debo comunicarte solo te interesa a vos y no quiero olvidarme-.

-Anotálo. En seis meses hablamos. Chau- Y zampa el tubo del teléfono.

Una vez más en el tope de la escalera, enchufa la cabeza del monstruo en el esquelético cogote y comienza a armar los huesitos interiores del cráneo. Verlo recuerda a los relojeros suizos⁹: con finas pinzas toma huesos centimétricos¹⁰ y reconstruye un verdadero laberinto. Está por terminar. La obra es mayúscula. Ya puede ver que lo que se forma ante sus ojos jamás apareció en un libro, ni siquiera en el Manual Kapeluz.

⁷ Por lo general, Matías Jeremías Elías Isaías toma le leche a las 5 en punto. A veces la acompaña con medialunas, pero si no tuvo tiempo de comprarlas, varía y la toma con churros rellenos. Muy pocas veces lo hizo con galletas o tostadas.

⁸ Testigos sostienen que no fue una, sino dos las gotas de sudor. El dato está por confirmarse en breve.

⁹ Algunos relojes suizos son Made in Taiwan.

¹⁰ Adjetivo inventado por el autor para este cuento. Lo hemos buscado en diccionarios y no existe.

Entonces, la catástrofe¹¹. Le falta un hueso. Lo sabe porque los había enumerado con lapicera azul mientras mateaba con su mamá. Es el que completa el morro de lo que en su mente ya había planificado bautizar como Matíasjeremíaselíasisaísaurus Rex. Lo busca en las valijas. No lo encuentra. Se enfurece. Lo vuelve a buscar. No lo vuelve a encontrar. Se deprime. Lloro. Grita. Llama a todos sus asistentes¹² y les ordena requisar cada rincón del Museo. El hueso no aparece. Se arranca los pocos pelos que tenía¹³. Tritura los lentes con la mano izquierda. Sangra, pero no le importa.

Vuelve a ordenar una requisa. Alguien trae un hueso, pero no. Se trata de una rótula vacuna. Era del perro guardián de la institución¹⁴. Ordena a todos vaciar sus bolsillos, no porque sospeche de algún ladrón, pero en un museo como el de Ciencias Naturales de la Sanguanga no sería la primera vez que alguien confunda un hueso con un dado, un terrón de azúcar o una ficha de dominó¹⁵. De los bolsillos sale lo inesperado. El huesito, no. Mas lágrimas. Un desmayo. Nuevamente de pie y recobrado de la siesta, se apagan las luces y Matías Jeremías Elías Isaías, munido de un complejísimo detector de huesos a rayos X¹⁶, salta de un lado a otro por las salas intentando hallar la pieza perdida. Nada.

Sin ese hueso no puede dar a conocer al mundo al Matíasjeremíaselíasisaísaurus Rex, sería un papelón. Sin pensarlo, toma una tenaza y, furioso, afloja el armazón de alambres y en un tris, el esqueleto se

¹¹ No hay nada que aclarar. Pero díganme si el 11 chiquitito al lado de la palabra no se ve bonito.

¹² El autor, por cuestiones de espacio, no nombra a los asistentes. Algunos testigos señalan que eran entre seis y diez; otros, que oscilaban entre tres y doce; un nuevo testimonio, asegura que era uno solo y se llamaba Godofredo. Desconocemos el apellido.

¹³ Al momento de este hecho, a Matías Jeremías Elías Isaías le quedaban exactamente 43 pelos en la cabeza. Él se los contó.

¹⁴ El can se llamaba Laica y era una caniche mezcla con pekinés y chihuahua. Es fea pero simpática y sobre todo, muy obediente.

¹⁵ En el Museo de la Sanguanga se exhibe el único, y más inútil, dominó que se hizo en el mundo cuyas fichas no tienen puntitos negros.

¹⁶ El detector de huesos a rayos X fue desarrollado por el genial Osmar Ever Carparelli. Inventor de origen italiano, también inventó un detector para determinar si un capeletti está o no relleno, una alarma para prevenir la invasión de mirlos buchones y un fútbol que se desinfla solo justo antes de llegar al arco cuando hay peligro de gol. Actualmente se aboca a inventar la tan mentada bocina de avión.

desmorona. Matías Jeremías Elías Isaías sufre. Sus asistentes lo consuelan, entonces... ¡Ring!

Secándose los mocos, el paleontólogo va y atiende:

-Mamá...-, dice y prorrumpe en lágrimas. Los asistentes se han emocionado y lloran con él.

-Matías Jeremías Elías Isaías quería decirte que si esta noche volvías tarde ibas a encontrar comida preparada sobre una hornalla de la cocina.

-¡Qué rico, mami! Es lo que necesito para reconfortarme-, confiesa a su progenitora con la inocencia de aquel niño que devoraba costeletas para guardarse los huesos- ¿Y qué me preparaste?

-Hice una sopita con gusto a mamá.

-¡Humm... ñam...ñam!-, esboza y los asistentes se alivian ante tanta ternura demostrada por el paleontólogo.

-Y te compré pancito para que luego de que te tomés toda la sopa, hagás lo que más te gusta.

No entiende.

-¡Untarlo con el tuétano!. De los huesos que trajiste, saqué uno con forma de caracú para hervirlo con las verduras. Es el secreto de mis sopas.

-....¹⁷

-Eso era lo que te quería decir cuando me colgaste tantas veces-

-....-

-Veo que te quedaste mudo. No hay nada como la sopita con gusto a mamá para hacer feliz a un hijo tan trabajador como vos¹⁸-.

¹⁷ La raya seguida de puntitos y de otra raya sirve como recurso gráfico para expresar que el otro enmudeció de estupor.

¹⁸ No se sabe si Matías Jeremías Elías Isaías volvió a su casa a tomar la sopa o directamente le zampó el plato hondo a su madre por la cabeza. Si se conoce que el paleontólogo demoró varios meses en recuperarse del shock.